

## III

## A trescientos millones de leguas.

La concepción del tiempo, el apreciar la duración, son esencialmente relativas al estado de nuestro espíritu.

Si dormimos en un profundo sueño durante seis ú ocho horas, esa duración habrá dejado en nuestra vida un vacío cuya impresión en nuestro pensamiento no dejará huella más larga que la de diez minutos de sueño.

Los mineros que por un derrumbe interior quedan encerrados cinco ó seis días antes de que se les liberte, creen siempre no estar separados de sus semejantes más allá de una veintena de horas. Sepultados el martes, por ejemplo, no creían que hubiera llegado el domingo.

En un sueño de algunos segundos se pueden vivir varias horas, y muy lentamente.

Cierto día, al atravesar una selva, mi caballo desbocado me arrojó á un barranco, y la caída no duró ciertamente tres segundos. En ese espacio de tiempo volví á ver, cuando menos diez años de mi vida con todos sus detalles sucesivos y sin precipitación alguna en los acontecimientos.

¿Quién no ha notado en horas de espera que los minutos *son* largos? etc., etc.

Estando la órbita anual de la Tierra alrededor del Sol á la distancia de treinta y siete millones de leguas y la de Saturno á la de trescientos cincuenta y cinco hay trescientos diez y ocho millones de leguas entre las dos órbitas. La luz emplea setenta minutos en atravesar por ese espacio. Me identifiqué con tal distancia y con la velocidad de la transmisión de la luz, y ví pasar en mi pensamiento, muy distintamente, los cuatro mil doscientos cuarenta segundos necesarios para recorrer ese camino á razón de setenta y cinco mil leguas por segundo.

Estoy seguro, sin embargo, de que no empleé realmente todo ese tiempo para dirigirme á Saturno, ni aun el tiempo un poco menor

correspondiente á la distancia de Marte al planeta anular porque la primera campanada de las diez daba en el viejo reló cuando olvidé á Marte por mirar á Saturno y habia llegado á éste cuando no acababa de sonar la hora.

Me detuve en el octavo satélite, desde donde me fué fácil apreciar la magnitud del sistema saturniano.

El enorme planeta cuyo diámetro supera nueve veces y media al de nuestro globo, cuya superficie iguala á ochenta Tierras reunidas y cuyo volumen es seiscientas setenta y cinco veces el de nuestra isla flotante, está rodeado de anillos gigantes que cuyo diámetro total mide setenta y un mil leguas. Domina, ceñido por ese múltiple anillo, en el centro de un cortejo de ocho mundos que circulan á su alrededor en un sistema cuyo radio es de novecientas noventa y un mil leguas: este sistema constituye por sí solo un universo más vasto que el de los antiguos. Hasta la era de verdad inaugurada por las conquistas de la Astronomía moderna, ningún hombre de la Tierra, ningún poeta, ningún filósofo, ningún pensador adivinó la magnitud real de las proporciones con que fué construido el Universo.

¡Qué pequeña que parece la Tierra, vista

SUEÑOS CONSTELADOS II 11

desde el sistema de Saturno! Apenas si se la ve brillar de tiempo en tiempo, cada seis meses como un puntito luminoso, unos cuantos instantes en la noche después de la puesta del Sol, ó unos cuantos instantes antes de que salga. Produce, sin comparación, menos efecto que los satélites del planeta aun los más pequeños. Uno de esos satélites, Titán, es superior en volumen á los planetas Marte y Mercurio, y su diámetro iguala á más de la mitad del de la Tierra. Vistos de cerca desde la otra luna, á que me habia transportado, ofrecen el aspecto de lunas enormes que circulan en el cielo con diversas velocidades y que ofrecen fases distintas, según el ángulo que forman con el Sol, lo cual origina efectos muy pintorescos. Durante la noche, iluminan á Saturno la luz de los anillos y la de sus lunas, en atención á que sobre el horizonte hay siempre varias á la vez.

Contemplando ese curioso sistema de dos millones de leguas de diámetro poco más ó menos, admirando esa asombrosa reunión de nueve mundos, de los cuales varios están habitados actualmente, pensé en la ilusión general de los habitantes de la Tierra que imaginan que su planeta representa la creación

entera. Han creído poder comprender el origen y el fin de las cosas conociendo sólo su mansión y no mirando en torno de ellos para comprobar al menos que no están solos en el Universo. A tanto equivaldría que un gorrión pretendiera contar la historia de París por los acontecimientos pasados en torno de su nido durante una estación, ó que un doctor, arrancando una hoja al medio de un libro voluminoso, asegurara que podía determinar la economía general de la obra por la sola inspección de un fragmento tan insignificante.

Después de haber hecho los mayores esfuerzos para distinguir la Tierra á esa distancia, y haber llegado á descubrirla efectivamente, perdida como minúsculo punto entre los rayos del Sol, comprendí mejor que nunca por qué ninguna concepción filosófica ó religiosa, aun entre las más avanzadas ó más puras pudo dar á los habitantes de este glóbulo la solución del problema de nuestros destinos, y por qué debemos pedir esa solución á la Astronomía, á la única ciencia que nos hace conocer el rango que la Tierra ocupa en el conjunto que desenvuelven á nuestras miradas os horizontes del infinito y las perspectivas

de la eternidad; y peneé, á la vez, que con ser considerable y maravilloso el mundo de Saturno aún no me había alejado bastante de la Tierra para librarme por completo de todo patriotismo local y que sin, salir todavía de las fronteras del sistema solar, hallaríamos otras estaciones celestes más independientes aún de nuestra vecindad solar, y percibí al planeta Neptuno que gravita á la distancia de más de mil millones de leguas del Sol y rueda á lo largo de una órbita inmensa que emplea más de ciento sesenta y cuatro años en recorrer.

Allá me trasladé inmediatamente.